

Murcia: Un mes. . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3-50 id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINA:

SELGAS, 4-MURCIA

El Demócrata
DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Viernes 21 de Junio de 1907

Núm. 251

Tranquilidad aparente

Los conservadores principian á mostrarse tranquilos, confiados, como si de sus proyectos se pudiesen lograr resultados positivos para la nación; y como se encuen-

Nuestra condición particularísima, que se revela en todos los actos que ejecutamos, contribuye poderosamente á que los gobiernos retrogradados abusen de nosotros, haciéndonos pasar por puntos imposibles de puro desatinados y que á la postre resultemos con las manos en la cabeza y con los bolsillos limpios, porque ahí es donde vienen á concluir todos los proyectos. En vano es que se clame contra el absurdo pue-

Hay muchas tiranías en la política, pero ninguna tan inadmisible y fastidiosa como la tiranía del absurdo y de la ambición, que mata por envidia cuantos propósitos nuevos se tienen. Ella, que es un amasijo de malas pasiones, incapaz de ser altruista en un momento determinado, hace que las causas grandes se malogren por deseos pequeños envolviéndonos, en la mística atmósfera de la ignorancia convertida en ley y haciendo que triunfe lo injusto, que es el único síntoma de vitalidad que presentan. En la actualidad hemos tenido ocasión de presenciarlo así y hemos robustecido el concepto que habíamos formado de los conservadores, concepto que, con ser un tanto depresivo, delinea exactamente lo que ellos son en sí, sin el mentido ropaje social con que se visten.

En sus proyectos, que se presentan como la última palabra de lo moderno, puede conocerse eso, porque salta á simple vista el error que les sirve de base. Y además del error, que dice bastante, hay que conocer la disparidad de criterios, que enemista y hará provocar la crisis tanto más ruidosa cuanto lo que se ventila no es más que cuestión de vanidad. En el día ellos no tienen en su abono más que la personalidad de Maura, que aún en medio de sus extravíos, tiene la confianza regia; si no fuese por eso... si no fuese por eso: ha aee tiempo que algunos señores estarían siendo personajes en sus domicilios, recordando las dulzuras gustadas en el poder, soñando con futuros é imposibles encumbramientos.

GERO Y VAN...

Hace tiempo que nos venimos quejando de las malas condiciones en que se expenden algunos artículos para el consumo público, y hasta ahora no han dado ningún resultado nuestras quejas.

El alcalde de Murcia, que debe de tener muchas ocupaciones inaplazables, parece que mira con indiferencia cuanto se relaciona con el vecindario, olvidando «su programa» y la famosa carta de su jefe, que de ser cumplida al pie de la letra, le habría obligado ya á dimitir el cargo y retirarse á su casa, convencido de que no aprovecha para estas cosas.

Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír, y al alcalde le ocurre eso. Su sordera es incurable, de esas que resisten las censuras y no se conmueven, de esas que recuerdan cartas famosas de jefes, que parecen programas ordenados y hacen como si no recordaran nada; su sordera es

propia de alcaldes que ni quieren ni tienen interés en hacer algo en favor de la población en que están.

El abandono que existe en Murcia es inexplicable, porque de no ser por algún concejal, que toma por deber ese trabajo, ya habríamos experimentado las consecuencias de esa negligencia. Hé aquí lo que á propósito de esto dice un colega:

«En la pescadería se está vendiendo pescado en malas condiciones; las expendedoras de pan lo dan frito de peso; la carne comprada como ternera no se sabe después de cocida de qué clase es; la leche para los enfermos lleva agua almidonada; en el extrarradio se siguen matando reses que son vendidas en Murcia fraudulentamente...»

Un concejal, el señor Estañ, único que en comisión y sin comisión del servicio visita la plaza, comprueba cuanto decimos.

El miércoles recogió de la pescadería 95 kilos de pescado; ayer, 50, ídem.

Si este pescado, que se hallaba dispuesto para la venta, se llega á expender, no sabemos lo que hubiera ocurrido en Murcia.

A bastante distancia no se podía oír el olor que exhalaba.

De pan, frito de peso, ha retirado una importante cantidad.

El mismo concejal ha sorprendido á un individuo con una importante cantidad de carne introducida fraudulentamente para venderla en Murcia.

¿Qué dice á todo eso el alcalde? ¿Qué le parecen «realidades» tan convincentes? ¿Cree aún que con arreglar la calle de Capuchinas realiza cumplidamente su misión?

Hora va siendo ya de que se acaben estas anomalías, anomalías que van contra la población, y que la protesta general derribe de sus puestos á las autoridades ineptas, ó por lo menos, á las que se presentan como tales por su abandono.

La tranquilidad de la capital no va á estar al capricho de nadie, sea ó no alcalde.

PLUMAZOS

Lacierva, «lógico»...

Está visto que las opiniones absurdas no están reservadas solamente á los norteamericanos; también por aquí las usamos, y buenas.

Maura, que respecto á cosas tales no tiene por qué envidiar á cualquier Mr. Harris Woodburne, el héroe de las ridiculeces yankees, ha encontrado un discípulo que casi le aventaja en esa su manera de europeizarnos y que, por ende, anula la fama de los yanques en materia tan regocijada: el Señor Lacierva. Este nuestro prohombre murciano, aferrándose á lo del «respeto que se debe á la ley» dice cosas tales que, de ser cierto lo que dijo Anaximenes respecto á la transgresión de la fama, nos acreditarían dentro de poco, sin género alguno de dudas, de excéntricos á la última moda, entre los yanques. Véase cómo.

La destitución del alcalde de Castellón, que piden el pueblo y el Municipio de aquella ciudad, nunca fue justa para nuestro admirado «compatriota» y así lo ha querido hacer ver en el Congreso harlo de oír absurdísimas por el estilo.

¿Cómo? Queriendo demostrar que el pueblo debe atenerse á los caprichos de los Castro municipales. ¿Por qué?—«Por que, antes que todo y sobre todo, debe respetarse la ley» Nosotros, los que creíamos que los alcaldes, como la ley, se habían hecho para el pueblo, estábamos en un profundo error al creer tal cosa y era menester, seguir por compasión, sacarnos de él; y eso ha hecho el ministro de la Gobernación después de estudiar concienzudamente á Woodburns y de atiborrarse de la lógica imperante en el partido. De deducción en deducción no por originales menos «lógicas» que los cuentos de Pítherveson, ha sacado en consecuencia que, al revés de lo que creyeramos, el pueblo se ha hecho para la ley y, más secundariamente, para los alcaldes y que, por tanto, el pueblo no puede exigir nada de la erguida señora sin incurrir en el mayor de los atrevimientos.

¡Preciso es reconocer que en punto á fortunas estamos muy por encima de los yankees!

NAZARIN.

Información especial

Testamentos chuscos

Hay varias tiranías que pasan poco notadas y hasta carecen de nombre; por ejemplo, la tiranía del arquitecto, que construido un edificio, os obliga á marchar y aun vivir como á él le dió la científica gana; la tiranía del tiempo, que os obliga á quedarnos en casa, á no viajar ó á viajar; la tiranía de la localidad, con cuyas costumbres deben ponerlos al unisono, se pena de ridiculo con todas sus consecuencias, y á veces de hostilidad preñada de perjuicios. ¿Y la tiranía de la ascendencia, que os hizo vicioso, nervioso, perpélico ó escrofuloso?

Pues han venido al mundo sujetos que han tratado de ejercer tiránica potencia sobre alguien después de muertos, por medio de disposiciones testamentarias, ingeniosamente aviesas; á esta podríamos llamar la tiranía del testamento, que no es floja á veces.

Como ejemplos de ella pueden citarse los que siguen, bastante curiosos, y para los que de ellos no hemos sido víctimas, un tanto dotados de gracia, también hay tiranías graciosas... para el que no tiene que sufrirlas.

Un inglés llamado Mr. Hayward, se propuso que desde su muerte vivieran pesarosos y rabiando los que mientras vivió se figuraban que serían sus herederos. Al efecto, el buen misterioso de esta manera:

«Legó todo cuanto poseo á mis Hodgson, porque es la única mujer que pedida por mí en matrimonio, con un gran amor, tuvo el buen acuerdo de darme calabazas, y gracias á este desprecio, he podido vivir soltero, feliz é independiente el resto de mi existencia.»

El legado importaba medio millón... de libras esterlinas (unos 12 millones de pesetas.) Sin duda que el testador extendió sin saberlos los efectos de su tiranía más allá de sus parientes, presuntos herederos, pues rabiaban también al saber su testamento algunas señoritas que no le dieron calabazas y con las que fué él quien rompió cuando llegó á conocer sus defectos.

Un sueco riquísimo y aficionado á las formas, si no exhuberantes al menos llenitas, tuvo la desgracia de que á su señora le diese por no estar gorda; quería ella conservarse espiritual y esbelta, á cuyo fin bebía vinagre y hacía cuantos esfuerzos le eran posibles. Consiguió su objeto, pero al marido se le llevaron todos los diablos y nada, no balló manera de combatir la manía de su cara mitad. Esta no llegaba á pesar ni 40 kilos. ¿Qué hacer con aquel esqueleto? Vengarse y fuerte.

Sintióse enfermo de peligro el esposo, hombre de 100 kilos de peso, testó, murió, fué abierto el testamento y... apareció la voluntad del difunto en esta extraña forma. El día 31 de Diciembre de cada año, se pesaría á su viuda ante los testamentarios y el Juez de guardia del distrito; de los bienes del marido, se daría á la viuda como renta para el año siguiente, la cuarta parte de su peso en oro, solamente cuando llegara á los 100 kilos, se le entregaría la fortuna entera.

El primer año, le fueron entregados á la escuálida señora, 25.000 francos y 50 céntimos pues el kilo de oro estaba á 28.550 francos y ella pesaba 40 kilos.

Con aquel dinero no tuvo para vivir en el año, acostumbrada como estaba á una existencia llena de comodidades y lujo; contrajo deudas y acosada por acreedores, no tuvo más remedio que hacer por engordar para pagarlos y vivir.

Al año tercero ya pesaba 75 kilos; al cuarto llegaba á los 100; en los cuales se mantiene, porque si adelgaza los albaceas le mermarán en oro lo que disminuya en ella en carne.

¿Fué venganza tiránica la del marido? O pesas 100 kilos, ó eres pobre.

Otro señor, y éste yanqui, dejó al morir la friolera de 96 pantalones, 96 chalecos, todos destrozados, y dispuso que fueran vendidos en subasta; el producto se destinaría al socorro de unos huérfanos. Con dificultad fueron vendidos, y no sin sorpresa vieron los diversos compradores que cada par de pantalones contenía mil duros, y cada chaleco 500.

La fama de este hecho movió á otro yanqui á dejar con igual objeto de subasta benéfica 200 pares de botas inservibles. Se vendieron enseguida, y pujadas á muy altos precios. Los compradores hallaron, en

efecto, en cada par de botas un billete, pero no del Banco, sino de papel ordinario, con esta leyenda: «Caballero ó señores: Mil gracias por su caridad para con los pobres; que Dios se la premie.»

...La lección fué terrible, y, además, adicionada con un ridículo más que regular y ciertamente, merecido.

NOTAS

Las personas que se quejan es porque quieren. Nadie tiene motivos ahora para ello, porque estamos en un tiempo en que ni aun se tienen ganas de hablar y cuanto menos de hacer algo que se preste al comentario.

Y como estamos en ese tiempo y como no hay muchas ganas de aclararse, la cuestión ruidosa que se debate enérgicamente en el Municipio nos admira y nos pasma, porque nadie supondría que con el calorillo que se deja sentir hubiese personas capaces de sostener por un período prolongado de de tiempo una discusión como la mencionada, ventilaríanse ó no 18.000 duros y quisieran ó no que los pagase el Ayuntamiento.

El calor y la cuestión esa son las dos cosas principales de que se habla en estos días, porque en algunos casos se identifican, formando algo que se manifiesta en el rostro con todos los caracteres del rubor y que para muchos supondría la existencia de una cunadilla moral que no se encuentra así porque sí en todas las personas.

Desde ahora en adelante, á cansa del sol, cuando se intente algo injusto nos acordaremos de este tiempo, mirando á la cara de cuantos quieran cometer la injusticia para ver si la justificación proveniente del calor se muestra en los semblantes con ese color sonrosado que tantas cosas elocuentes dice en el rostro de una mujer...

Y pasemos á otro asunto.

Si á nosotros nos gustasen las disquisiciones filosóficas, puesto que ahora están en moda, sacaríamos á relucir la concordancia que existe entre cierta «propiedad» moral del individuo y una recta y honrada conducta; pero nos empalagan y aburren todas las filosofías, porque estamos en la época de la claridad y de la síntesis, y dejamos para otros la aclaración y afinamiento de semejantes razones, que resultarían luminosas.

Esa «propiedad» moral, que vulgarmente tiene un nombre prosaico, sirve para muchas cosas que evitan otras muchas, no dando motivo para que la curiosidad popular tome cartas en el asunto y sentencie sin apelación, cosa que hace muchas veces.

Pero las personas no son perfectas, y valga el término filosófico, y carecen muchas veces de lo que menos debían carecer.

Fernandez-Miguel ó Peñaflor

El cronista madrileño de nuestro colega local «La Verdad» es uno de los carcas más frescos y desahogados que escriben para el público; y ha creído, sin duda, que aquí, en su tierra, estamos aguardando impacientes la hora de salida diaria de ese periódico, para admirar la prosa ramplona de sus crónicas y embobarnos leyendo el juicio que le merecen hombres de tan escaso valer como Moret, Canalejas, Salmerón, Melquiades Alvarez y otros, poniéndolos el cronista de orol y azúl, si es que no se atreve, como hace pocos días, con D. Benito Pérez Galdós á quien llama, despectivamente, Pérez.

Está Fernández completamente equivocado. Aquí nos conocemos todos y sabemos como las gasta el ojalatero y hasta donde llegan la ignorancia, la estupididad y la soberbia de aquel joven prodigio, á quien los escasos carlistas vergonzantes de esta ciudad designaron para ocupar un puesto en los escaños del Municipio, y desde el que saltó como un chacal para coger la credencial de dos mil pesetas que le enseñó La Cierva, olvidándose de la buena y honrada administración que había ido á hacer en el Ayuntamiento, de las ideas políticas profesadas desde la niñez y hasta de Carlos nono y de D. Pio siete.

No es Miguel quien ha de hacernos mirar por los cristales de su miopía la figura colosal e incristalada de Galdós, con ó sin Pérez, aunque Miguel haya sido el nombre con que «La Correspondencia de España», quisiera aminorar los efectos de su plancha política sobre la disolución de las nuevas Cortes, suponiéndole actual secretario del Sr. La Cierva; como si «La Correspondencia» y todo el mundo no supiéramos que el Sr. Ministro de la Gobernación, cuando fué Gobernador de Madrid, dió un merecido

puntapie al Miguel, secretario particular suyo en otros tiempos, cuando pudo necesitarle.

Tus «crónicas» Peñaflor nos causan risa. Solamente les falta que, [italianizando el pseudónimo, las suscriba Rocafortita, y quizá, de este modo, produzcan á los lectores igual admiración que le producen al vanó Marcó Banegas quien, dicho sea de pasada, si frecuentara el púlpito como el periódico, tal vez lograra más almas para el cielo que lectores para «La Verdad».

UN GÓMEZ.

Nuestros colaboradores

DE LITERATURA

Yo también...

Si; yo voy á retornar con mi intrusión, en esta controversia literaria. Y, para que Héliaste se haga cargo, cónstele que hasta hoy soy el único que ha intervenido en este asunto, poniendo al pie de mis escritos mi nombre y apellido sin acudir á pseudónimos engañosos.

D. Vicente Llovera, afirmó en la revista «Murcia» (á la que no califico amablemente por ser de casa) que, tanto aquí como fuera de aquí, vivimos de aquello que debilmente llega á nosotros; tiene razón el Sr. Llovera al deducir de esto, que los literatos jóvenes murcianos dependemos de una imitación decidida de aquellos poetas que más nos halagan y seducen.

Yo, imito desenfundadamente á Juan R. Jimenez; no menos desenfundadamente imita Héliaste á Ruben Dario y Francisco Villaespesa, y, pues llegó la hora de quitar antifaces, léanse todas, absolutamente todas las poesías que se publicaron en diversas épocas firmadas por Ramón Pontones ó Isidoro Solís...; Dionisio Sierra, calca lo que puede de Dario y ahora más aún de Jimenez; Costa Alcázar sigue con amor la senda caminada por Ricardo Gil; Don Andrés Blanco, es una pálida estatua de Quintana algo vetusta y carcomida; Bojart es el único que desentona y con un sabor pagano muy íntimo, pone en nuestros labios diminutas píldoras doradas de un erotismo que bien pudiera ser origen y causa de mi existir glauco.

¡Llegó la hora de las citas! Alarcón (no el insigne autor de «El clavo»), Gabriel Guillén, F. de Paula Soriano, León Gonzalez, el ya expresado y divino Isidoro y otros muchos—entre ellos yo—vivimos de prestado, pero es este un préstamo que nos honra, nos dignifica y, más aún, nos haga! Y, haciendo frente á censuras y despreciando antipatías, seguiremos el camino como esclavos fieles de un dogma. ¿Verdad, querido Héliaste?

Súbitamente, viene á mis labios una exclamación sincera: De otro modo ¿cómo alimentar el vehementemente fuego sagrado, que es en nuestra alma como una comunión necesaria que hemos de recibir durante todos los días y á todas las horas?

Todos copiamos, pero vale más imitar discreta y fidelísimamente á Juan Ramón Jimenez, Francisco Villaespesa y A. de Icaza, que quedarse en la estacada y dar á luz un tomo de poesías que se titule «Al azar.»

Aun hay cosa peor y hé de decirlo: quien presume de original y solo posee la facilidad de hacer versos (no composiciones) y tiene, en cambio, el defecto de repetirlos con demasiada frecuencia, resulta incoloro, inodoro é insipido.

Quiero concretar y no caer en cierto defecto que señalaba Dionisio Sierra desde la revista «Murcia»: me parece que se refería á la inconsciente pedantería de escribir mucho y no decir nada.

Vamos por partes.

El artículo origen de esta marejada sobre el modernismo, está bien hecho y no hay en él desaliño alguno, mas reside en su fondo cierta intención que me atrevo á calificar de perversa y que es la única causa de mi desconformidad con su contenido.

Nunca profesé la religión literaria del señor Tornel, pero siempre respeté su personalidad, siquiera sea contemplando sus canas y admirando su bondad; la defensa que de él y de otros señores hice, no fué sino un alarde de independencia del semanario «Murcia» á cuya redacción honro en pertenecer. En ese alarde criticaba á nadie, ni elogiaba nada,